

**FAMILIA CEU
2010-2013**

LA FAMILIA EN APARECIDA

Premisa

El presente trabajo es un simple subsidio que tiene la finalidad de poner a nuestro alcance lo que Aparecida ha trabajado acerca de la Familia y el material que ha sido consignado en el Documento final. No tiene ninguna pretensión de sistematicidad.

Lo que Aparecida nos puede entregar es una perspectiva general con objetivos y metas a alcanzar en este determinado tiempo que nos toca vivir desde la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Aparecida y su proyección para los años venideros.

El objetivo de la Conferencia General no consiste en hacer formulaciones doctrinales, cuanto más bien asumir los desafíos que presenta realidad y dar respuestas pastorales a los mismos en vistas de la perenne misión evangelizadora de la Iglesia.

Esta afirmación, que es casi perogrullesca, nos ubica en la perspectiva adecuada para entender las declaraciones de Aparecida, comprender su alcance en el conjunto de las conclusiones pastorales de la misma y buscar los medios oportunos a nuestra situación particular que, aun compartiendo muchos elementos de la situación cultural de América Latina y el Caribe, presenta aspectos que la hacen, de algún modo, original en sus fortalezas y en sus debilidades.

El presente material se articula en tres partes:

- A. ¿CÓMO LEER APARECIDA?
- B. ¿QUÉ DICE APARECIDA?
- C. ¿CÓMO APLICAR APARECIDA?

A - ¿CÓMO LEER APARECIDA?

Aparecida nos brinda una experiencia espiritual y pastoral del misterio de la Iglesia y de su misión en el hoy de América Latina y el Caribe que nos atañe a todos los integrantes del Pueblo de Dios que peregrina en el continente de la esperanza.

Me permito hacer una observación, o mejor una constatación, que puede parecer banal pero creo que no lo es: si un edificio se desmorona se analizan las causas y se buscan responsabilidades. Si se constata que los cimientos y las vigas no pudieron sostener la construcción se revisa la composición de los mismos. La autopsia arquitectónica da como resultado: falta de portland. Consecuencia: no se puede ‘machetear’ el cemento porque es lo que le da trabazón y consistencia a la arena, al hierro, al pedregullo...

La familia es la ‘casa’ de la Iglesia doméstica. Estamos constatando un proceso de progresivo desmoronamiento de esta ‘casa’, de esta familia, a nivel mundial, en nuestro medio, también en los países así llamados de tradición cristiana. Vemos con dolor que nosotros no somos ajenos a esta situación. Falta pórtland. ¿A qué nos referimos? ¿Cuál es el elemento que une a los esposos entre sí y a los hijos en la unidad de la familia? Sale espontáneo responder: ¡el amor! Y este es el punto: ¿qué es AMOR? A esta altura de los acontecimientos no existe ningún ‘Perogrullo’ que pueda dar una respuesta válida para todos los seres humanos; se diría que cada uno entiende el amor a su manera. El resultado es que se da un proceso de disgregación de la sociedad puesto que la familia es la célula primordial de la misma. La experiencia nos dice que estas afirmaciones están respaldadas por la realidad cotidiana.

Aparecida afronta la problemática de la familia con la conciencia de que para que la Iglesia sea un pueblo de *discípulos misioneros* es imprescindible contar con personas formadas para eso. Y los primeros rudimentos del discipulado-misionero si no se encuentran en la casa, en la familia, difícilmente se podrán recibir en otros ámbitos, que siempre tendrán algún sabor a sucedáneo.

Es aquí donde me parece que tenemos que hacer nuestro el método teológico-pastoral adoptado por Aparecida. El VER – JUZGAR – ACTUAR – asumido por la teología y la pastoral post conciliar en América Latina y el Caribe, ha recibido en Aparecida una perspectiva de renovación

que incorpora el aporte determinante del Papa Benedicto XVI en su *Discurso de apertura*. En él da orientaciones metodológicas magisteriales que han sido incorporadas al desarrollo de la V Conferencia y consignadas en el *Documento final*.

VER: partir de la REALIDAD. Cabe preguntarnos ¿Porqué el Papa se pregunta, nada menos que en su discurso inaugural de la V Conferencia del Episcopado latinoamericano y caribeño que de alguna manera iba a marcar el rumbo de la misma, *qué es lo real? ¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluya a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. [...] Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano”*.

Nadie dejará de ver las consecuencias y las conclusiones a las que lleva la aplicación de este principio cognoscitivo y por tanto hermenéutico a la hora de PARTIR DE LA REALIDAD para dar respuesta pastoral a los desafíos que de ella se desprenden.

Comprendemos entonces

“Muchos estudiosos de nuestra época han sostenido que la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido. Ellos no se refieren a los múltiples sentidos parciales que cada uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino el sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia, y que los creyentes llamamos el sentido religioso. Habitualmente este sentido se pone a nuestra disposición a través de nuestras tradiciones culturales que representan la hipótesis de realidad con la que cada ser humano pueda mirar el mundo en que vive. [...] La mayoría de los medios masivos de comunicación nos presentan ahora nuevas imágenes, atractivas y llenas de fantasías, que aunque todos saben que no pueden mostrar el sentido unitario de todos los factores de la realidad, ofrecen al menos el consuelo de ser transmitidas en tiempo real, en vivo y en directo, con actualidad. Lejos de llenar el vacío que en nuestra conciencia se produce por la falta de un sentido unitario de la vida, en muchas ocasiones [...] Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado. Ello

*afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la experiencia religiosa, que resulta ahora igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales, alcanzando aun **la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la transmisión de la fe**” (DA 39).*

“Entre los presupuestos que debilitan y menoscaban la vida familiar encontramos la ideología de género, según la cual cada uno puede escoger su orientación sexual, sin tomar en cuenta las diferencias dadas por la naturaleza humana. Esto ha provocado modificaciones legales que hieren gravemente la dignidad del matrimonio, el respeto al derecho a la vida y la identidad de la familia” (DA 40).

“Por ello, los cristiano necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, al mismo tiempo, que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía, ni los medios comunicación podrán proporcionarle. En Cristo Palabra, Sabiduría de Dios (Cfr 1Cor 1,30), la cultura puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discerniéndolos a la luz del Evangelio y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada” (DA 41).

“Como nos dijo el Papa en su discurso inaugural: “Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano” (DI 3). La sociedad, que coordina sus actividades sólo mediante múltiples informaciones, cree que puede operar de hecho como si Dios no existiese. Pero la eficacia de los procedimientos lograda mediante la información, aun con las tecnologías más desarrolladas no logra satisfacer el anhelo de dignidad inscrito en lo más profundo de la vocación humana. Por ello, no basta suponer que la mera diversidad de puntos de vista, de opciones y, finalmente, de informaciones, que suele recibir el nombre de pluri o multiculturalidad, resolverá la ausencia de un significado unitario para todo lo que existe. La persona humana es, en su misma esencia, aquel lugar de la naturaleza donde converge la variedad de los significados en una única vocación de sentido. A las personas humanas no les asusta la diversidad. Lo que les asusta, más bien, es no lograr reunir el conjunto de todos estos significados de la realidad en una

comprensión unitaria que les permita ejercer su libertad con discernimiento y responsabilidad. La persona busca siempre la verdad de su ser, puesto que es esta verdad la que ilumina la realidad de tal modo que pueda desenvolverse en ella con libertad y alegría, con gozo y esperanza” (DA 42).

“Los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres, quienes buscan desarrollar nuevas actitudes y estilos de sus respectivas identidades, potenciando todas sus dimensiones humanas e la convivencia cotidiana, en la familia y en la sociedad, a veces por vías equivocadas” (DA 49).

“Los esfuerzos pastorales orientados hacia el encuentro con Jesucristo vivo han dado y siguen dando frutos. Entre otros, destacamos los siguientes:

a.b.c.d.e: [...] Se ha tomado conciencia de la importancia de la Pastoral Familiar, de la infancia y juvenil” (DA 99).

B. ¿QUÉ DICE APARECIDA?

“3.3 LA BUENA NUEVA DE LA FAMILIA

114. Proclamamos con alegría el valor de la familia en América Latina y El Caribe. Afirma el Papa Benedicto XVI que la familia

"patrimonio de la humanidad, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente... La familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de sus hijos"⁴⁹.

115. Agradecemos a Cristo que nos revela que “Dios es amor y vive en sí mismo un misterio personal de amor”⁵⁰ y, optando por vivir en familia en medio de nosotros, la eleva a la dignidad de ‘Iglesia Doméstica’.

116. Bendecimos a Dios por haber creado al ser humano varón y mujer, aunque hoy se quiera confundir esta verdad: “Creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó” (Gn 1, 27). Pertenece a la naturaleza humana el que el varón y la mujer busquen el uno en el otro su reciprocidad y complementariedad⁵¹.

117. El ser amados por Dios nos llena de alegría. El amor humano encuentra su plenitud cuando participa del amor divino, del amor de Jesús que se entrega solidariamente por nosotros en su amor pleno hasta el fin (Cf. Jn 13, 1; 15,9). El amor conyugal es la donación recíproca entre un varón y una mujer, los esposos: es fiel y exclusivo hasta la muerte y fecundo, abierto a la vida y a la educación de los hijos, asemejándose al amor fecundo de la Santísima Trinidad⁵². El amor conyugal es asumido en el Sacramento del Matrimonio para significar la unión de Cristo con su Iglesia, por eso, en la gracia de Jesucristo, encuentra su purificación, alimento y plenitud (Cf. Ef 5, 25-33).

118. En el seno de una familia, la persona descubre los motivos y el camino para pertenecer a la familia de Dios. De ella recibimos la vida, la primera experiencia del amor y de la fe. El gran tesoro de la educación de los hijos en la fe consiste en la experiencia de una vida familiar que recibe la fe, la conserva, la celebra, la transmite y testimonia. Los padres deben tomar

nueva conciencia de su gozosa e irrenunciable responsabilidad en la formación integral de sus hijos.

119. Dios ama nuestras familias, a pesar de tantas heridas y divisiones. La presencia invocada de Cristo a través de la oración en familia nos ayuda a superar los problemas, a sanar las heridas y abre caminos de esperanza. Muchos vacíos de hogar pueden ser atenuados por servicios que presta la comunidad eclesial, familia de familias”.

* * *

Aparecida ha tenido una constante preocupación para la formación de los discípulos misioneros. Cuando se propone ofrecer algunos LUGARES DE FORMACIÓN PARA LOS DISCÍPULOS MISIONEROS (Cfr.6.4), presenta la familia como primera escuela de formación:

“6.4.1 La Familia, primera escuela de la fe

302. La familia, “patrimonio de la humanidad”, constituye uno de los tesoros más valiosos de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es espacio y escuela de comunión, fuente de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Para que la familia sea “escuela de la fe” y pueda ayudar a los padres a ser los primeros catequistas de sus hijos, la pastoral familiar debe ofrecer espacios formativos, materiales catequéticos, momentos celebrativos, que le permitan cumplir su misión educativa. La familia está llamada a introducir a los hijos en el camino de la iniciación cristiana. La familia, pequeña Iglesia, debe ser, junto con la Parroquia, el primer lugar para la iniciación cristiana de los niños¹⁷². Ella ofrece a los hijos un sentido cristiano de existencia y los acompaña en la elaboración de su proyecto de vida, como discípulos misioneros.

303. Es, además, un deber de los padres, especialmente a través de su ejemplo de vida, la educación de los hijos para el amor como don de sí mismos y la ayuda que ellos le presten para descubrir su vocación de servicio, sea en la vida laical como en la consagrada. De este modo, la formación de los hijos como discípulos de Jesucristo, se opera en las experiencias de la vida diaria en la familia misma. Los hijos tienen el derecho de poder contar con el padre y la madre para que cuiden de ellos y los acompañen hacia la plenitud de vida. La “**catequesis familiar**”, implementada de diversas maneras, se ha revelado como una ayuda exitosa a la unidad de las familias, ofreciendo además, una posibilidad eficiente de formar a los padres de familia, los jóvenes y los niños, para que sean testigos firmes de la fe en sus respectivas comunidades.

6.4.2 Las Parroquias

304. La dimensión comunitaria es intrínseca al misterio y a la realidad de la Iglesia que debe reflejar la Santísima Trinidad. A lo largo de los siglos, de diversas maneras, se ha vivido esta dimensión esencial. La Iglesia es comunión. Las Parroquias son células vivas de la Iglesia¹⁷³ y lugares privilegiados en los que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia¹⁷⁴. Encierran una inagotable riqueza comunitaria porque en ellas se encuentra una inmensa variedad de situaciones, de edades, de tareas. Sobre todo hoy, cuando la crisis de la vida familiar afecta a tantos niños y jóvenes, las Parroquias brindan un espacio comunitario para formarse en la fe y crecer comunitariamente.

305. Por tanto, debe cultivarse la formación comunitaria, especialmente en la parroquia. Con diversas celebraciones e iniciativas, principalmente con la Eucaristía dominical, que es “momento privilegiado del encuentro de las comunidades con el Señor resucitado”¹⁷⁵, los fieles deben experimentar la parroquia como una familia en la fe y la caridad, en la que mutuamente se acompañen y ayuden en el seguimiento de Cristo.

306. Si queremos que las Parroquias sean centros de irradiación misionera en sus propios territorios, deben ser también lugares de formación permanente. Esto requiere que se organicen en ellas variadas instancias formativas que aseguren el acompañamiento y la maduración de todos los agentes pastorales y de los laicos insertos en el mundo. Las Parroquias vecinas también pueden aunar esfuerzos en este sentido, sin desaprovechar las ofertas formativas de la Diócesis y de la Conferencia Episcopal.

6.4.3 Pequeñas comunidades eclesiales

307. Se constata que, en los últimos años, ha ido creciendo la espiritualidad de comunión y que, con diversas metodologías, se han hecho no pocos esfuerzos por llevar a los laicos a integrarse en pequeñas comunidades eclesiales, que van mostrando abundantes frutos. Para la Nueva Evangelización y para llegar a que los bautizados vivan como auténticos discípulos y misioneros de Cristo, tenemos un medio privilegiado en las pequeñas comunidades eclesiales.

308. Ellas son un ámbito propicio para escuchar la Palabra de Dios, para vivir la fraternidad, para animar en la oración, para profundizar procesos de formación en la fe y para fortalecer el exigente compromiso de ser apóstoles en la sociedad de hoy. Ellas son lugares de experiencia cristiana y

evangelización que, en medio de la situación cultural que nos afecta, secularizada y hostil a la Iglesia, se hacen todavía mucho más necesarias.

309. Si se quieren pequeñas comunidades vivas y dinámicas, es necesario suscitar en ellas una espiritualidad sólida, basada en la Palabra de Dios, que las mantenga en plena comunión de vida e ideales con la Iglesia local y, en particular, con la comunidad parroquial. Así la parroquia, por otra parte, como desde hace años nos lo hemos propuesto en América Latina, llegará a ser “comunidad de comunidades”¹⁷⁶.

310. Señalamos que es preciso reanimar los procesos de formación de pequeñas comunidades en el Continente, pues en ellas tenemos una fuente segura de vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa, y a la vida laical con especial dedicación al apostolado. A través de las pequeñas comunidades, también se podría llegar a los alejados, a los indiferentes y a los que alimentan descontento o resentimientos frente a la Iglesia.

6.4.4 Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades

311. Los nuevos movimientos y comunidades son un don del Espíritu Santo para la Iglesia. En ellos, los fieles encuentran la posibilidad de formarse cristianamente, crecer y comprometerse apostólicamente hasta ser verdaderos discípulos misioneros. Así ejercitan el derecho natural y bautismal de libre asociación, como lo señaló el Concilio Vaticano II¹⁷⁷ y lo confirma el Código de Derecho Canónico. Convendría animar a algunos movimientos y asociaciones, que muestran hoy cierto cansancio o debilidad, e invitarlos a renovar su carisma original, que no deja de enriquecer la diversidad con que el Espíritu se manifiesta y actúa en el pueblo cristiano.

312. Los movimientos y nuevas comunidades constituyen un valioso aporte en la realización de la Iglesia Particular. Por su misma naturaleza, expresan la dimensión carismática de la Iglesia:

*“En la Iglesia no hay contraste o contraposición entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la cual los movimientos son una expresión significativa, porque ambos son igualmente esenciales para la constitución divina del Pueblo de Dios”*¹⁷⁸.

En la vida y la acción evangelizadora de la Iglesia, constatamos que, en el mundo moderno, debemos responder a nuevas situaciones y necesidades de la vida cristiana. En este contexto, también los movimientos y nuevas comunidades son una oportunidad para que muchas personas alejadas puedan tener una experiencia de encuentro vital con Jesucristo y, así,

recuperen su identidad bautismal y su activa participación en la vida de la Iglesia¹⁷⁹. En ellos, “podemos ver la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu”¹⁸⁰.

313. Para aprovechar mejor los carismas y servicios de los movimientos eclesiales en el campo de la formación de los laicos, deseamos respetar sus carismas y su originalidad, procurando que se integren más plenamente a la estructura originaria que se da en la diócesis. A la vez, es necesario que la comunidad diocesana acoja la riqueza espiritual y apostólica de los movimientos. Es verdad que los movimientos deben mantener su especificidad, pero dentro de una profunda unidad con la Iglesia particular, no sólo de fe sino de acción. Mientras más se multiplique la riqueza de los carismas, más están llamados los obispos a ejercer el discernimiento pastoral para favorecer la necesaria integración de los movimientos en la vida diocesana, apreciando la riqueza de su experiencia comunitaria, formativa y misionera. Conviene prestar especial acogida y valorización a aquellos movimientos eclesiales que han pasado ya por el reconocimiento y discernimiento de la Santa Sede, considerados como dones y bienes para la Iglesia universal”.

C. ¿CÓMO APLICAR APARECIDA?

“CAPÍTULO 9 FAMILIA, PERSONAS Y VIDA

431. No podemos detenernos aquí a analizar todas las cuestiones que integran la actividad pastoral de la Iglesia, ni podemos proponer proyectos acabados o líneas de acción exhaustivas. Sólo nos detendremos a mencionar algunas cuestiones que han alcanzado particular relevancia en los últimos tiempos, para que, posteriormente, las Conferencias Episcopales y otros organismos locales avancen en consideraciones más amplias, concretas, y adaptadas a las necesidades del propio territorio.

9.1 EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

432. La familia es uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños, y es patrimonio de la humanidad entera. En nuestros países, una parte importante de la población está afectada por difíciles condiciones de vida que amenazan directamente la institución familiar. En nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesucristo, estamos llamados a trabajar para que esta situación sea transformada, y la familia asuma su ser y su misión²⁴⁰ en el ámbito de la sociedad y de la Iglesia²⁴¹.

433. La familia cristiana está fundada en el sacramento del matrimonio entre un varón y una mujer, signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Cristo por su esposa, la Iglesia. Desde esta alianza de amor, se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de los dos por una sociedad mejor.

434. Creemos que “la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia”²⁴². En la comunión de amor de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino.

435. Dado que la familia es el valor más querido por nuestros pueblos, creemos que debe asumirse la preocupación por ella como uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia. En toda diócesis se requiere una pastoral familiar “intensa y vigorosa”²⁴³ para proclamar el evangelio de la familia, promover la cultura de la vida, y

trabajar para que los derechos de las familias sean reconocidos y respetados.

436. Esperamos que los legisladores, gobernantes y profesionales de la salud, conscientes de la dignidad de la vida humana y del arraigo de la familia en nuestros pueblos, la defiendan y protejan de los crímenes abominables del aborto y de la eutanasia; ésta es su responsabilidad. Por ello, ante leyes y disposiciones gubernamentales que son injustas a la luz de la fe y la razón, se debe favorecer la objeción de conciencia. Debemos atenernos a la “coherencia eucarística”, es decir, ser conscientes de que no pueden recibir la sagrada comunión y al mismo tiempo actuar con hechos o palabras contra los mandamientos, en particular cuando se propician el aborto, la eutanasia y otros delitos graves contra la vida y la familia. Esta responsabilidad pesa de manera particular sobre los legisladores, gobernantes, y los profesionales de la salud²⁴⁴.

437. Para tutelar y apoyar la familia, la pastoral familiar puede impulsar, entre otras, las siguientes acciones:

- a) Comprometer de una manera integral y orgánica a las otras pastorales, los movimientos y asociaciones matrimoniales y familiares a favor de las familias.
- b) Impulsar proyectos que promuevan familias evangelizadas y evangelizadoras.
- c) Renovar la preparación remota y próxima para el sacramento del matrimonio y la vida familiar con itinerarios pedagógicos de fe²⁴⁵.
- d) Promover, en diálogo con los gobiernos y la sociedad, políticas y leyes a favor de la vida, del matrimonio y la familia²⁴⁶.
- e) Impulsar y promover la educación integral de los miembros de la familia, especialmente de aquellos miembros de la familia que están en situaciones difíciles, incluyendo la dimensión del amor y la sexualidad²⁴⁷.
- f) Impulsar centros parroquiales y diocesanos con una pastoral de atención integral a la familia, especialmente a aquellas que están en situaciones difíciles: madres adolescentes y solteras, viudas y viudos, personas de la tercera edad, niños abandonados, etc.
- g) Establecer programas de formación, atención y acompañamiento para la paternidad y la maternidad responsables.

h) Estudiar las causas de las crisis familiares para afrontarlas en todos sus factores.

i) Seguir ofreciendo formación permanente, doctrinal y pedagógica para los agentes de pastoral familiar.

j) Acompañar con cuidado, prudencia y amor compasivo, siguiendo las orientaciones del Magisterio²⁴⁸, a las parejas que viven en situación irregular, teniendo presente que a los divorciados y vueltos a casar no les es permitido comulgar²⁴⁹. Se requieren mediaciones para que el mensaje de salvación llegue a todos. Urge impulsar acciones eclesiales, con un trabajo interdisciplinario de teología y ciencias humanas, que ilumine la pastoral y la preparación de agentes especializados para el acompañamiento de estos hermanos.

k) Ante las peticiones de nulidad matrimonial, se ha de procurar que los Tribunales eclesiásticos sean accesibles y tengan una correcta y pronta actuación²⁵⁰.

l) Ayudar a crear posibilidades para que los niñas y niños huérfanos y abandonados logren, por la caridad cristiana, condiciones de acogida y adopción, y puedan vivir en familia.

m) Organizar casas de acogida y un acompañamiento específico para acudir con compasión y solidaridad a las niñas y adolescentes embarazadas, a las madres “solteras”, a los hogares incompletos.

n) Tener presente que la Palabra de Dios, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, nos pide una atención especial hacia las viudas. Buscar la manera de que ellas reciban una pastoral que las ayude a enfrentar esta situación, muchas veces de desamparo y soledad”.

* * *

Creo sea útil disponer del texto del Discurso inicial del Papa Benedicto XVI por lo que afirma acerca de la familia:

DISCURSO DE S.S. BENEDICTO XVI
en la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia
General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Salón de Conferencias, Santuario de Aparecida
Domingo 13 de mayo de 2007

Queridos hermanos en el episcopado,
amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos.
Queridos observadores de otras confesiones religiosas:

Es motivo de gran alegría estar hoy aquí con vosotros para inaugurar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que se celebra junto al Santuario de Nuestra Señora Aparecida, Patrona del Brasil. Quiero que mis primeras palabras sean de acción de gracias y de alabanza a Dios por el gran don de la fe cristiana a las gentes de este continente.

[...]

5. Otros campos prioritarios

Para llevar a cabo la renovación de la Iglesia a vosotros confiada en estas tierras, quisiera fijar la atención con vosotros sobre algunos campos que considero prioritarios en esta nueva etapa.

La familia

La familia, “patrimonio de la humanidad”, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos.

En algunas familias de América Latina persiste aún por desgracia una mentalidad machista, ignorando la novedad del cristianismo que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre.

La familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de los hijos. Las madres que quieren dedicarse plenamente a la educación de sus hijos y al servicio de la familia han de gozar de las condiciones necesarias para poderlo hacer, y para ello tienen derecho a contar con el apoyo del Estado. En efecto, el papel de la madre es fundamental para el futuro de la sociedad.

El padre, por su parte, tiene el deber de ser verdaderamente *padre*, que ejerce su indispensable responsabilidad y colaboración en la educación de sus hijos. Los hijos, para su crecimiento integral, tienen el derecho de poder contar con el padre y la madre, para que cuiden de ellos y los acompañen hacia la plenitud de su vida. Es necesaria, pues, una pastoral familiar intensa y vigorosa. Es indispensable también promover políticas familiares auténticas que respondan a los derechos de la familia como sujeto social imprescindible. La familia forma parte del bien de los pueblos y de la humanidad entera”.

[...]

5. Hacia un continente de la vida, del amor y de la paz En esto todos conocerán que son discípulos míos (Jn 13,35)

Nosotros, participantes en la V Conferencia General en Aparecida, y junto con toda la Iglesia “comunidad de amor”, queremos abrazar a todo el continente para transmitirles el amor de Dios y el nuestro. Deseamos que este abrazo alcance también al mundo entero.

Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda.

Con el fuego del Espíritu Santo, avancemos construyendo con esperanza nuestra historia de salvación en el camino de la evangelización, teniendo en torno nuestro a tantos testigos (Cf. Hb 12,1), que son los mártires, santos y beatos de nuestro continente. Con su testimonio nos han mostrado que la fidelidad vale la pena y es posible hasta el final.

Unidos a todo el pueblo orante, confiamos a María, Madre de Dios y Madre nuestra, primera discípula y misionera al servicio de la vida, del amor y de la paz, invocada bajo los títulos de Nuestra Señora Aparecida y de Nuestra

Señora de Guadalupe, el nuevo impulso que brota a partir de hoy en toda América Latina y El Caribe, bajo el soplo del nuevo Pentecostés para nuestra Iglesia a partir de esta V Conferencia que aquí hemos celebrado.

En Medellín y en Puebla terminamos diciendo “CREEMOS”. En Aparecida, como lo hicimos en Santo Domingo, proclamamos con todas nuestras fuerzas: CREEMOS Y ESPERAMOS. Esperamos...

- *Ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía..*
- *Vivir nuestro ser cristiano con alegría y convicción como discípulos-misioneros de Jesucristo.*
- *Formar comunidades vivas que alimenten la fe e impulsen la acción misionera.*
- *Valorar las diversas organizaciones eclesiales en espíritu de comunión.*
- *Promover un laicado maduro, corresponsable con la misión de anunciar y hacer visible el Reino de Dios.*
- *Impulsar la participación activa de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.*
- *Mantener con renovado esfuerzo nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres.*
- *Acompañar a los jóvenes en su formación y búsqueda de identidad, vocación y misión, renovando nuestra opción por ellos.*
- *Trabajar con todas las personas de buena voluntad en la construcción del Reino.*
- ***Fortalecer con audacia la pastoral de la familia y de la vida.***
- *Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes.*
- *Avanzar en el diálogo ecuménico “para que todos sean uno”, como también en el diálogo interreligioso.*
- *Hacer de este continente un modelo de reconciliación, de justicia y de paz.*
- *Cuidar la creación, casa de todos en fidelidad al proyecto de Dios.*
- *Colaborar en la integración de los pueblos de América Latina y El Caribe.*

¡Que este Continente de la esperanza también sea el Continente del amor, de la vida y de la paz!

Aparecida - Brasil, 29 de mayo de 2007”.

CONCLUSIÓN

Si tuviéramos que sintetizar y proyectar pastoralmente Aparecida desde la perspectiva de la familia, creo que podríamos señalar, entre otros, los siguientes puntos:

1. La **Pastoral familiar** debe llevarse a cabo desde la perspectiva del **discipulado misionero**. La familia, como Iglesia de la casa, está llamada a asumir las dimensiones fundamentales del misterio de la Iglesia como nos lo presenta el Concilio Vaticano II, que debe ser conocido; si es conocido, debe ser profundizado; si ya se ha profundizado debe ser vivido desde la Una, Santa, Católica y Apostólica, a fin de que **las parroquias**, ya través de ellas **la diócesis**, llegue a ser **la casa de la gran familia de la Iglesia**.

2. En los últimos tiempos se ha considerado al matrimonio y a la familia a la luz del **amor de Cristo por la Iglesia**; amor tan real y profundo que para ser entendido la Palabra de Dios recurre a la imagen de las “nupcias” (Cfr Ef 5,31-32). “Por medio del sacramento, **el vínculo conyugal se encuentra intrínsecamente ligado a la unidad eucarística entre Cristo esposo y la Iglesia esposa**. El consentimiento recíproco que marido y mujer se dan en Cristo, y que los constituye en comunidad de vida y amor, tiene también una dimensión eucarística. [...] La familia – Iglesia doméstica (LG 11) – es un ámbito primario de la vida de la Iglesia, especialmente por el papel decisivo respecto a la educación cristiana de los hijos” (*Sacramentum caritatis* 27).

3. La familia puede ser una comunidad de discípulos misioneros si profundiza y asume cada vez más concretamente **el camino mistagógico de la iniciación cristiana**. Para eso **LOS PADRES** deben vivir su sacerdocio bautismal ejerciendo el ministerio propio de **PRIMEROS PASTORES DE LA IGLESIA DOMÉSTICA**. El sacramento del matrimonio le da la gracia no sólo de vivir la santidad en la reciprocidad del amor conyugal y de la fecundidad de la vida en los hijos, sino también de ser auténticos discípulos misioneros educando a sus hijos en la fe que han recibido.

4. Si la **familia es la primera célula de la Iglesia y de la sociedad**, habrá que asumir la necesidad de darle a esta célula el hábitat, **el ambiente propio** que le corresponde, es decir, **la comunidad**. Es imprescindible formar comunidades de familias sea en la Iglesia a nivel parroquial, sea en la sociedad creando instancias de un compartir solidario y misionero en el

barrio. Es decir, la familia no puede quedarse encerrada en sí misma. Con el testimonio de su vivencia de discípulos de Cristo deben proponerse explícitamente la tarea evangelizadora de transmitir a los vecinos el amor con que Dios nos ama.

5. Con la **promoción de las comunidades familiares a nivel eclesial en las parroquias** se nos abre un camino realista de comunión que dé la posibilidad real a los laicos de asumir ese protagonismo constante en la Iglesia que debe traducirse en presencia comprometida en la comunidad eclesial, ofreciendo la posibilidad concreta de ejercer la vasta gama de los ministerios laicales, en comunión y complementariedad con el ministerio ordenado y con todas las formas de presencia de la vida consagrada y de los movimientos eclesiales reconocidos adecuadamente.

6. De este modo se procura ofrecer una **continuidad de vida entre lo que se da cotidianamente en la familia y la vida eclesial a nivel de parroquia, de diócesis y de Iglesia universal**, puesto que se quiere vivir la comunión en todas sus dimensiones y en todas las expresiones de la vida. Esto es posible porque asumimos la **IGLESIA** como **FAMILIA DE FAMILIAS**.

7. Nadie tiene que sentirse excluido de esta comunión eclesial familiar. Nadie debe excluir a nadie y nadie debe auto-excluirse. **Los matrimonios de los cristianos divorciados vueltos a casar**, aun con el límite de no poder acercarse a la comunión eucarística sacramental, en conformidad con las normas pastorales vigentes, siguen siendo Iglesia y pertenecen a la comunidad eclesial (*Sacramentum caritatis* 29). Como tales deben ser recibidos con apertura y afecto en la comunidad sin que se sientan discriminados, aunque ellos mismos deben reconocer sus límites y asumirlos con espíritu penitencial, con el deseo de aportar, con verdadero amor, todo lo que esté a su alcance a la vida, la comunión y la misión eclesial.

8. De particular importancia es **la catequesis de los niños en las parroquias y en los colegios católicos**. En este contexto, la catequesis parroquial y educativa debe relacionarse con **la catequesis familiar** asumida y articulada comunitariamente de acuerdo a las orientaciones impartidas por el Pastor de la diócesis, quien, en sintonía con el Directorio General de la catequesis y las Orientaciones para la catequesis de la CEU, tiene la responsabilidad pastoral de orientar a toda la comunidad diocesana en lo que a catequesis se refiere.

9. No menos importante es el campo de la educación. Estamos viviendo una *emergencia educativa* en la que se tocan los cimientos de la educación misma. En efecto, la imprescindible antropología que sustenta toda actividad pedagógica, si no está ausente, está a menudo permeada por un subjetivismo relativista que hace prácticamente imposible la transmisión de los valores evangélicos innegociables de la visión cristiana de la persona humana tomada en su integridad. **La familia** no puede renunciar a su responsabilidad de ser la **primera formadora de los hijos** con itinerarios pedagógicos inspirados en la plurisecular experiencia pedagógica de la Iglesia, *experta en humanidad*.

10. En estos tres años quisiéramos elaborar, como Comisión Nacional de la Pastoral familiar de la CEU, las **ORIENTACIONES DE PASTORAL FAMILIAR para todo el país**. Contando con el aporte de las comisiones de pastoral familiar de cada diócesis y en constante diálogo con los responsables diocesanos de la pastoral, esperamos lograr un consenso de fondo sobre este sector de la pastoral que seguramente será de provecho para la conversión pastoral auspiciada por Aparecida, con el fin de que todos los discípulos del Señor seamos sus misioneros en la vida de la Iglesia y de la sociedad.

+Nicolás Cotugno, sdb
Arzobispo de Montevideo
Presidente de la Comisión Nacional de Pastoral Familiar.